

Michela Marzano

La muerte como espectáculo

La difusión de la violencia
en Internet
y sus implicaciones éticas

ISBN 978-607-421-168-9



9 786074 211689

TQE

ENSAYO
TUSQUETS
EDITORS

Desde hace unos años circulan en Internet vídeos que contienen escenas de una extrema violencia, en los que el espectador asiste a torturas, violaciones y degollaciones auténticas. Evolución digital de las «snuff movies», o del «hyper-hard» pornográfico, estas grabaciones del sufrimiento, de la humillación y finalmente la muerte –real, no simulada– de un ser humano, hoy pueden ser contempladas en la Red sin ningún tipo de restricción.

La filósofa MICHELA MARZANO reflexiona en este ensayo, iluminador a la vez que terriblemente inquietante, acerca de estas macabras prácticas, y nos insta a tratar de entender por qué la muerte se ha convertido ya en un espectáculo buscado y deseado en las pantallas del ordenador. La creciente anestesia que sufrimos todos ante el dolor ajeno, el odio que se advierte en tantos foros de internautas y la «indiferencia ante la barbarie» que se dibuja en el Occidente contemporáneo plantean graves interrogantes sobre las coordenadas éticas de nuestra sociedad.

Título original: *La mort spectacle. Enquête sur l'«horreur-réalité»*

© 2007, Éditions Gallimard

© 2010, Nuria Viver Barri, de la traducción
Diseño de la colección: Estudio Úbeda
Reservados todos los derechos de esta edición para:
© 2013, Tusquets Editores México, S.A. de C.V.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso
Colonia Chapultepec Morales
C.P. 11570, México, D.F.
www.tusquetseditores.com

1.ª edición en Tusquets Editores España: febrero de 2010
1.ª edición en Tusquets Editores México: abril de 2010
1.ª reimpresión en Tusquets Editores México: julio de 2013

ISBN: 978-607-421-168-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, México, D.F.
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Índice

Prólogo	9
La «realidad-horror»	17
La sociedad de la indiferencia	63
¿Qué hacer?	95

Prólogo

Al estudiar el fenómeno pornográfico, a menudo me he topado con imágenes de violencia, tortura, violación, humillación... La evolución rápida hacia lo hiperduro, a partir de finales de los años noventa, generalizó estos espectáculos cada vez más crudos. Sin embargo, en la mayoría de los casos, sólo se trataba de escenificaciones. Escenificaciones extremas y ambiguas, es cierto, porque eso es lo propio del porno, una mezcla de ficción y de realidad. Pero estas producciones también tenían parte de representación cinematográfica; pertenecían al ámbito del artificio, con un guión, actores, actrices, realizadores... En los años setenta, se oía decir que existían vídeos que supuestamente representaban violaciones y asesinatos muy reales de una o varias víctimas, pero no existía ningun-

na prueba formal de lo que los rumores llamaban las películas *snuff*. No obstante, yo empezaba a hacerme preguntas: a partir del momento en que se muestran individuos reducidos a «cosas», de los que se puede disponer a placer, ¿qué nos impide deslizarnos de la ficción a la realidad?

En 2004, todo se trastorna. Es cuando aparecen los vídeos macabros, realizados por grupos islamistas. Circulan libremente por Internet y los ven miles de personas en Occidente. Muestran la fría ejecución por degollación de cientos de prisioneros occidentales en Irak o en Afganistán. Encontré en ello una triste respuesta a mis primeras preguntas, la realidad había sustituido progresivamente a la ficción. Las imágenes representaban torturas y asesinatos *reales*. Quise saber más. ¿Cuál era la amplitud del fenómeno? ¿Qué mostraban exactamente los vídeos? ¿Dónde se podían encontrar? ¿Quién los miraba? Y sobre todo, ¿cómo habíamos llegado a ese extremo?

Al tomar la decisión de intentar responder a estas preguntas, de comprender, no sabía entonces que iba a embarcarme en un auténtico viaje a las profundidades del infierno.

Porque esta vez ya no se trataba de reflexionar sobre esa mezcla ambigua de ficción y de realidad que pone en escena la pornografía, sino de llevar a cabo un estudio sobre la violencia real y el horror extremo puestos al alcance de todos los usuarios potenciales de la Red. Una violencia y un horror que no son el producto de una simulación, sino que muestran violaciones, torturas y degollaciones perfectamente auténticas. Una violencia y un horror que expresan la crueldad en estado puro. De manera que, durante meses, dudé, aplacé, no di el paso. Después, un día, tomé la decisión. Empecé a mirar, una vez, otra vez, una vez más...

Cabría preguntarse por qué sentí la necesidad –o la obligación– de visionar esas imágenes, en ocasiones varias veces. Cabría también observar que la voluntad de comprender, por loable que sea, no está exenta de riesgos. Debo precisar, sin embargo, que el descubrimiento y el análisis de estas producciones no se deben a ninguna especie de gusto por el horror. Cada vez que «hacía clic» sobre un vídeo, sentía aumentar la repugnancia; cada vez tenía que «forzarme»; cada vez

era violento... Pero tenía que saber exactamente de qué iba a hablar; para no basarme en las impresiones de los demás; para observar de primera mano y sin intermediarios un fenómeno cuya magnitud, visiblemente, no deja de aumentar.

A lo largo de este estudio, visioné decenas de vídeos de degollaciones. Habría podido continuar, porque en Internet se encuentran muchos más. Pero había alcanzado el umbral físico y psíquico de la tolerancia. Además, el acceso a estas imágenes no siempre es fácil; para llegar a ellas, a menudo hay que navegar por la Red durante horas, pasar de un sitio a otro y a veces entrar en páginas web que se encuentran en el límite de la legalidad. Porque el sitio principal que antes hacía fácilmente accesibles estos vídeos -Ogrish.com- se cerró definitivamente en enero de 2006. En efecto, se dieron cuenta de que, cada día, más de 200.000 personas miraban aquellas imágenes y de que el número de visitantes superaba los 700.000 cuando se ponía en línea un nuevo vídeo. Hoy, otros sitios ofrecen los mismos servicios, pero el acceso es más complicado. Entre los sitios

francófonos que continúan mostrando estas imágenes, el número de visitantes varía de 6000 a 8000 al día, pero no se dispone actualmente de ningún dato sobre los sitios anglófonos y árabes.

Otro elemento significativo es la multiplicación de foros de discusión alrededor de estos vídeos. He visitado varias decenas de ellos. Igualmente, en este caso, es imposible saber cuántos hay de forma precisa y cuál es el número exacto de visitantes. Existen pocos sitios que den cifras (según las escasas indicaciones disponibles, el número de inscritos oficiales se elevaría a un centenar y el de visitantes a varios miles). Más allá de la precisión de los datos cuantitativos, en cualquier caso es cierto que miles de personas, sobre todo jóvenes, miran estas imágenes, a veces repetidamente, y lo que muestran es literalmente insoportable.

¿Cómo explicar que tanta gente quiera visionar estos vídeos? ¿Quieren informarse, como dicen a veces en los foros, o simplemente se sienten «intrigados» por la muerte filmada en directo? ¿Qué razones, qué pulsiones conducen a un adolescente o a un

adulto a contemplar o a discutir durante horas en un chat con desconocidos acerca de estos indecibles espectáculos? ¿Qué visión del hombre pueden tener, cuando viven en una sociedad que no deja de potenciar los derechos humanos? Además, ¿qué se puede hacer? ¿Hay que permitir que estas imágenes sean accesibles? ¿El cierre de los sitios que los cuelgan sería un beneficio para el interés general o un atentado contra la libertad de expresión?

Mi propósito es justamente intentar esclarecer estas cuestiones. Pero, para hacerlo, necesito empezar por contar mi «viaje» y describir las consecuencias, la principal de las cuales es anestesiar poco a poco, «neutralizar», el juicio del espectador. Estas imágenes extremas que se construyen con un trasfondo de odio, odio tanto hacia uno mismo como hacia los demás, estos vídeos que hacen un espectáculo de actos de barbarie generan, en efecto, una nueva forma de barbarie, la de la *indiferencia*.

Lo cual es como decir que la muerte como espectáculo nos concierne a todos. Porque el fenómeno se produce muy cerca de

nosotros, incluso en nuestras propias casas, donde la crueldad penetra por el pequeño tragaluz del ordenador o del móvil. Después del reinado de la telerrealidad, ¿hemos entrado en el de la «realidad-horror»?

La «realidad-horror»

El rumor crecía desde hacía algunos años. Circulaba un poco por todas partes, alarmaba a unos, sorprendía a otros e impulsaba a algunos a lanzarse a búsquedas improbables. ¿El rumor? Películas clandestinas, con imágenes auténticas de malos tratos y asesinatos reales, se vendían a escondidas, en París, en Bruselas, en Londres, en Nueva York... ¿Su nombre? Películas *snuff*, del verbo inglés *to snuff*, que significa literalmente «apagar, despabilar una candela, ahogar la llama de una vela». Las películas *snuff*, que supuestamente escenificaban la muerte real de un individuo, circulaban entre un público restringido, dispuesto a pagar mucho dinero para visionar la humillación, el sufrimiento y la muerte.

Se realizaron diversas investigaciones po-

liciales a partir de los años setenta; fue entonces cuando los periodistas empezaron a emplear la expresión «películas *snuff*». En 1975, Joseph Horman, un sargento de la policía de Nueva York perteneciente al servicio de control del crimen organizado, habló en la prensa de la existencia de películas clandestinas en rollos de ocho milímetros. En la misma época, el *New York Post* y el *Daily News* se hicieron eco de las investigaciones del FBI como consecuencia de los rumores que circulaban entonces sobre estas cintas sulfurosas. A pesar de todos estos esfuerzos, ninguna prueba formal pudo confirmar la existencia real de las películas *snuff*. Es cierto que las cintas confiscadas por la policía o por el FBI eran muy violentas, pero siempre se trataba de ficciones y no de vídeos que exhibían asesinatos reales.

Saliesen a la luz otras películas que mostraban violaciones y muertes reales, realizadas por asesinos en serie; imágenes tomadas por los asesinos para poder «revivir» en imágenes, por así decir, los momentos más intensos de sus crímenes. Pero estas películas, descubiertas por la policía durante los regis-

tros en los apartamentos de estos criminales y utilizadas como pruebas por la justicia, no estaban destinadas a circular y menos todavía a ser comercializadas.

Sin embargo, a principios de los setenta, el imaginario del público parecía cada vez más sensible al rumor de las películas *snuff*. Y pronto la industria cinematográfica se apropiaría del fenómeno y produciría cierto número de ficciones. En 1979, Paul Schrader realiza *Hardcore*, donde se aborda, por primera vez de forma explícita, el tema de las películas *snuff*. Schrader, preocupado por la verosimilitud, llega al extremo de integrar en su película las imágenes de un asesinato supuestamente auténtico. Unos años más tarde, David Cronenberg recupera el tema en *Videodrome* (1982). Esta vez, en una película que mezcla hábilmente realidad y ciencia ficción, las imágenes de tortura y asesinato se difunden por la televisión, como si la violencia y la muerte pudieran efectivamente convertirse en un gran espectáculo. Max, el héroe de la película, dirige una pequeña cadena en una red por cable y propone a sus telespectadores secuencias chocantes. Un día,

tropieza por casualidad con un programa titulado «Videodrome». Sin intriga ni personaje, la película es una sucesión de asesinatos y torturas. Max, primero fascinado por estas imágenes, se da cuenta progresivamente de que «Videodrome» tiene el poder de alterarle la mente y el cuerpo. En realidad, la sociedad «Spectacular Optical», productora de «Videodrome», es una organización política que utiliza las señales de vídeo para manipular a los espectadores. Max se sumerge así en una ilusión permanente y empieza a creer que estos cambios físicos y psíquicos pueden conducirle a vivir en una «nueva carne». Sin embargo, ¿se trata de una evolución positiva o de una pesadilla? Las escenas finales de la película son equívocas; Max se abandona a la nueva carne, y «Videodrome» se cierra con un eslogan, «¡Vive la carne nueva!», lanzado por nuestro héroe en el mismo momento en que se dispone a suicidarse en el caos de una última y devastadora alucinación. Como trasfondo, una voz femenina lo guía: «Estoy aquí para guiarte, Max. He aprendido que la muerte no es el fin. Puedo ayudarte. Ahora debes llegar hasta el final, una transforma-

ción total. No tengas miedo de dejar morir tu cuerpo, conténtate con venir a mí, Max, ven con Nicki. ¡Mira, voy a mostrarte lo fácil que es!».

En 1996, *Tesis*, la película española de Alejandro Amenábar, obtiene un gran éxito. Cuenta la historia de Ángela, una estudiante madrileña que investiga para su tesis, dedicada a la violencia en el medio audiovisual. Encuentra a otro estudiante, Bosco, un psicópata que rapta chicas jóvenes con el objetivo de torturarlas y matarlas ante la cámara. Fascinada por la personalidad de Bosco, Ángela terminará por mirar las imágenes de tortura que aparecen en la pantalla, una manera para el realizador de sugerir que cualquiera puede convertirse en espectador potencial de este tipo de vídeos.

Después, en 1999, Joel Schumacher realiza *Asesinato en ocho milímetros*, cuya historia se desarrolla en Estados Unidos. Se inicia con el descubrimiento, por la viuda de un millonario, de una película en superocho que representa a una muchacha, medio desnuda, golpeada y asesinada a navajazos por un hombre encapuchado. La investigación de

un detective privado descubre al espectador que el millonario había encargado esta película por el precio de un millón de dólares. El objetivo de Joel Schumacher es alertar y prevenir. «No solamente quisiéramos no ver nunca películas de este tipo», declara después del rodaje, «sino que, en lo más profundo de nosotros mismos, rezamos para que no existan realmente, porque sólo pensarlo es demasiado horrible. Me niego a creer en la realidad de semejantes ignominias.» Pero su deseo es letra muerta, y de la ficción y el rumor que acompañan a las películas *snuff*, se pasa insensiblemente a la realidad.

En efecto, apenas un año más tarde, se asiste al nacimiento de un fenómeno que ya no pertenece al simple rumor y que actualmente, unos diez años después, parece formar parte de nuestra vida cotidiana; se trata de vídeos de mala calidad que muestran malos tratos, violaciones y asesinatos. ¿Películas *snuff*? Sí y no. Como las películas *snuff*, estos vídeos presentan la tortura y la muerte en directo. Pero, a diferencia de las películas *snuff*, no persiguen un objetivo comercial, se filman y se difunden por Internet, donde

todo el mundo puede verlas una y otra vez. Los primeros vídeos conocidos datan de 2000. Reproducen las imágenes de malos tratos y asesinato de civiles durante los enfrentamientos de Chechenia. Es el inicio de una «moda macabra», la «realidad-horror» multimedia.

*

El 3 de abril de 2000, el servicio de prensa del Kremlin manda una cinta al Consejo de Europa, en Estrasburgo. Contiene una serie de secuencias grabadas en vídeo que los rusos presentan como crímenes chechenos. Después de una serie de estudios, que comparan la cinta con otra un poco más antigua y un poco más larga, se observa que los autores de las torturas y los asesinatos quizá no son únicamente chechenos. Pero más allá de los potenciales autores y de los objetivos estratégicos que pueden explicar por qué la cinta llega a Estrasburgo unos días antes de la deliberación sobre el conflicto checheno en la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, el hecho sobrecogedor es el montaje

particular de una serie de secuencias que exhiben actos de tortura. Una de ellas muestra a un individuo encapuchado que levanta un hacha y corta de un golpe la cabeza de un hombre tendido en el suelo, con los pies y las manos atadas. Otras presentan a unos hombres abatidos de un disparo en la sien. Otra secuencia, y en primer plano, muestra la cara de un hombre joven, con la cabeza pegada al suelo; un cuchillo le corta la garganta en el espacio de unos segundos; la sangre fluye del tronco mientras la mano del verdugo se apodera de la cabeza y la levanta ante la cámara...

A partir de entonces, se multiplican los vídeos que muestran en imágenes los malos tratos, las torturas y las ejecuciones en Chechenia. Los policías chechenos, encargados de restablecer el orden en la república rebelde, eran los que filmaban sus crímenes con los teléfonos móviles. Grababan estos vídeos para después compartirlos y mostrarlos a sus amigos, a sus familias y a sus jefes. La práctica podía llegar lejos. Por ejemplo, un vídeo muestra a un grupo de hombres que maltratan a una mujer, le rapan la cabeza y le pintan

una cruz verde en la frente (el color del islam) porque sospechan que ha tenido relaciones íntimas con un soldado ruso ortodoxo. La mujer recibió golpes tan fuertes que sufrió un aborto. Se puede asistir también a ejecuciones sumarias y a decapitaciones. En un vídeo, se observa al líder checheno, el primer ministro Ramzan Kadyrov, que mira, sin intervenir, a sus milicianos mientras empujan a varios hombres al interior del maletero de un coche, probablemente hasta asfixiarlos. Algunos allegados de la periodista rusa Anna Politkovskaia, asesinada el 7 de octubre de 2006 en Moscú, afirman que murió, entre otras cosas, por haberse atrevido a denunciar la existencia de estos vídeos. Como confirma Serguéi Sokolov, ex redactor jefe de la *Novaia Gazeta*, el bisemanario donde escribía la periodista rusa, «cerramos los ojos ante estos espectáculos macabros, porque, en nuestro país, la vida humana tiene poco valor».

*

La realización y la difusión de vídeos macabros se multiplican y pronto cambian de

naturaleza cuando los islamistas se apropian de ellos para convertirlos en una herramienta de propaganda.

El 22 de febrero de 2002, el periodista estadounidense Daniel Pearl es degollado. Se manda una cinta de vídeo de la ejecución al consulado de Estados Unidos en Pakistán. La cadena de televisión estadounidense CBS difunde secuencias que muestran al periodista justo antes de ser asesinado por sus secuestradores, aunque se abstiene de difundir la ejecución en la pantalla. Poco tiempo después, el vídeo integral circula por Internet. El hombre está pálido, habla despacio, probablemente lo han drogado. Todo ocurre muy deprisa, sus declaraciones, el acta de acusación, la decapitación, la cabeza levantada como signo de trofeo.

El 12 de mayo de 2004, otra secuencia de vídeo, la del asesinato de Nicholas Berg, un hombre de negocios estadounidense de 26 años, se presenta parcialmente en tres grandes cadenas de televisión anglosajonas. Al día siguiente, la CIA confirma su autenticidad. Como en el caso de Daniel Pearl, el vídeo integral muy pronto se puede encontrar

en Internet. Con una duración de 5 minutos y 37 segundos, este vídeo está compuesto por dos secuencias distintas: la presentación y después la ejecución. La cámara se coloca primero sobre un soporte y después sobre el hombro durante los dos últimos planos del asesinato. Esta vez, la degollación constituye una auténtica puesta en escena política, pues Berg aparece sentado en el suelo, vestido con un chándal naranja. El signo es terriblemente elocuente, ¿se trata del atuendo de los prisioneros de Guantánamo! Detrás de él, hay cinco personas encapuchadas, de pie, que escuchan una larga declaración en árabe. Después, empiezan los alaridos. Sale un cuchillo. El hombre es degollado vivo. La cabeza, como la de Daniel Pearl, se levanta, como un trofeo, en señal de victoria. También en este caso, varios sitios web dan acceso a estas imágenes. ¿Quién las ha difundido? ¿A quién «beneficia» el crimen?

Continuemos. El 22 de junio de 2004, el joven surcoreano Kim Sun-Il, un traductor que trabajaba para la sociedad Gane General Training, es decapitado por terroristas iraquíes. Durante 3 minutos y 45 segundos, se

ve desfilar lo innombrable. Kim llora y grita: «No quiero morir»; «Quiero volver a casa»; «Os lo ruego, dejadme vivir». Los gritos se mezclan con las lágrimas ante la impasibilidad de los talibanes. La desesperación del joven invade la escena, mientras los verdugos leen su condena a muerte. El tiempo parece infinito. Y el ritual macabro se repite; el joven está tendido en el suelo, el verdugo encapuchado del grupo Tawhid wal Jihad (Grupo de la Unidad Divina y de la Guerra Santa) saca un largo cuchillo, el *janyar*, utilizado para los sacrificios y las degollaciones. Sigue la decapitación. Y, mientras la cabeza de la víctima se eleva en señal de victoria, los talibanes declaran: «Alá es grande». En este caso, la «escenificación» es, por decirlo de alguna manera, menos cuidadosa, aunque Kim Sun-Il está vestido de naranja, como Nicholas Berg, como los prisioneros de Guantánamo...

El vídeo de su degollación se cuelga inmediatamente en la Red, a pesar de las prohibiciones del Gobierno coreano. Un responsable del Ministerio de Información y Comunicación incluso advierte que cualquier usuario

de la Red que difunda las imágenes será sancionado. Pero nada consigue detener su propagación.

*

El 30 de diciembre de 2006 es el día del ahorcamiento de Saddam Husein. La televisión pública Al-Iraqiya difunde una secuencia de una veintena de segundos, filmada por los servicios de comunicación del primer ministro chiíta Nouri al-Maliki; muestra, sin sonido, los últimos instantes del dictador, a fin de demostrar que el «tirano [está] bien muerto»; Saddam Husein tiene las manos atadas a la espalda y la cara descubierta. Una vez más, Internet va mucho más lejos y hace circular imágenes piratas filmadas con un teléfono móvil. El vídeo, que dura 2 minutos y 43 segundos, muestra las condiciones exactas de la ejecución. Los testigos de la escena son todos chiítas, y en el momento en que el dictador empieza a invocar el nombre de Alá, los guardianes se ponen a gritar el de Moqtada al-Sadr, el jefe de una de las principales milicias chiítas iraquíes. En las imágenes, se

percibe primero la escalera que conduce a la horca, una instalación de metal rojo colocada varios metros por encima del suelo. Saddam, rodeado de verdugos vestidos de civil y encapuchados, avanza sobre la trampilla, con una cuerda gruesa al cuello. Chasquean unos cuantos flashes de cámaras fotográficas. Uno de los verdugos ajusta la cuerda y aprieta un poco más el enorme nudo lateral. Entonces algunas personas lanzan «¡Moqtada, Moqtada, Moqtada!». «Vete al infierno», grita otro testigo. Saddam recita la *shahada*, la profesión de fe musulmana. Los flashes de las cámaras fotográficas destellan de nuevo. Con un ruido metálico, la trampilla se abre antes incluso de que termine la última plegaria. El ex dictador cae al vacío. Siguen unos segundos de confusión; las imágenes intentan enfocar el cadáver que continúa balanceándose. Primer plano de la cabeza del ajusticiado, colgado de la cuerda, con el cuello roto. Saddam Husein está muerto, pero todavía tiene los ojos abiertos. Gritos entre los asistentes. Un testigo invoca a «Dios el misericordioso» y reza a su vez. «El tirano ha caído, maldito sea», clama otro. «Dejad que cuel-

gue de la cuerda», ordena un tercer hombre. «Que siga colgado durante ocho minutos. ¡Que nadie lo descuelgue!»

El presidente estadounidense George W. Bush celebra la ejecución de Saddam Husein como una «etapa importante» en el camino hacia la democracia en Irak, «una democracia que puede gobernarse, ser autosuficiente y defenderse, y ser un aliado de guerra contra el terror». En cambio, Francia, Italia, Inglaterra, Suiza y otros muchos países se sublevaron contra el ahorcamiento del ex dictador y estiman que nunca hay que responder a la barbarie con la barbarie... Más allá de las polémicas alrededor de la pena de muerte, la transformación en «espectáculo» de la ejecución de Saddam Husein es lo que plantea problemas. En efecto, el vídeo integral de su ahorcamiento, todavía disponible en línea, se añade a las otras imágenes macabras que atraen a los internautas. En uno de los sitios en que se puede consultar, incluso se lee: «¡Finalmente, el vídeo completo de la muerte de Saddam Husein tomado con un teléfono móvil!». Como si el hecho de mostrar este vídeo formara parte de un derecho fundamental

a la información. ¿Información o «realidad-horror»?

En la línea de esta singular voluntad de «informar», el 16 de marzo de 2007, el noticiario televisado de la noche de la Rai Uno ofrece la grabación realizada por periodistas italianos del proceso sumario al que fueron sometidos el periodista Daniele Mastrogiacomo, su chófer, Sayed Agha, y su intérprete, Adjmal Naqshbandi. Los tres hombres están arrodillados, con una venda en los ojos y las manos atadas a la espalda, y un grupo de talibanes les apuntan a la cabeza con sus armas. Se han eliminado del vídeo las imágenes del asesinato de Sayed Agha, pero muestra las que preceden a la degollación y después el cuerpo tendido en el suelo. Sin embargo, el vídeo completo nunca será difundido por Internet. Igual que el del asesinato de Fabrizio Quattrocchi. Este joven guardaespaldas había sido asesinado en 2004 y el vídeo de su ejecución se había mandado a la cadena de televisión Al-Jazeera. El Gobierno italiano no lo obtuvo hasta dos años más tarde. En los extractos todavía accesibles hoy en Internet, el italiano está arrodi-

llado; justo antes de ser abatido, pide a sus secuestradores que le quiten el pañuelo que le cubre la cabeza: «Voy a enseñaros cómo muere un italiano».

¿Por qué el vídeo tardó tanto tiempo en llegar a las autoridades italianas? ¿Por qué, además, los terroristas no lo difundieron de inmediato por Internet como en los otros casos? ¿El valor del joven los incomodó? Esta hipótesis dice mucho sobre el uso de la «realidad-horror» por parte de los grupúsculos terroristas.

*

En los sitios que propagan estos vídeos, se invoca el derecho de los ciudadanos a ser «informados». En nombre de la libertad de información, se hacen públicas imágenes abrumadoras. Por otra parte, el acceso a la información se reivindica cada vez más como un derecho, el derecho a saber, conocer, forjarse una opinión propia... Sin embargo, a pesar de la aparente facilidad con la que cada uno puede ahora tener acceso a todo tipo de imágenes, surgen nuevos problemas.

¿Hay que mostrarlo todo? ¿Es realmente información lo que busca el que visiona estas imágenes?

Uno de los vídeos más crudos que he podido visionar en Internet es el realizado el 22 de octubre de 2004 por el grupo musulmán iraquí Ansar al-Sunna, los «protectores de la tradición». Muestra la decapitación con un cuchillo de un hombre iraquí que supuestamente es un traidor y un espía. La ejecución se realiza aparentemente con facilidad, como si se tratara de una escenificación hollywoodiana. El verdugo corta con rapidez la garganta del hombre, sujetado por un acólito, y después retrocede un momento para dejar pasar los primeros espasmos de la agonía. La víctima respira entonces ruidosamente (con cada inspiración, el hombre agonizante aspira su propia sangre), mientras el verdugo lo observa con aire distante. A continuación, cuando el flujo de sangre disminuye, pero antes de que el moribundo deje de respirar, lo decapita y muestra su cabeza ante la cámara. El hombre es arrastrado como un animal destinado al matadero. Y, para abatirlo, se utiliza la misma técnica que para matar corderos.

Los Ansar filman sus actos y procuran que se difundan ampliamente a fin de extender el «reino del islam». Por otra parte, es el objetivo de la mayoría de vídeos de este tipo, que representan, para los islamistas, un elemento de propaganda, lo cual explica por qué son de fácil acceso, sobre todo en los sitios islamistas. Los terroristas se han convertido, pues, en productores de películas, en guionistas. A principios de los años noventa, sus vídeos, todavía sumarios, sólo comprendían los discursos inflamados de predicadores radicales, con objeto de reclutar militantes para la causa islamista. A mediados de los años noventa, estos predicadores –bajo la influencia de Osama bin Laden– empezaron a darse cuenta del interés que estos vídeos suscitaban ante la opinión pública occidental. Comprendieron que poseían una nueva arma de comunicación. Y, por lo tanto, decidieron ir más lejos, golpear más fuerte, hasta realizar verdaderas películas *snuff*.

Los vídeos de asesinatos se han convertido ahora en productos eficaces, cargados de referencias míticas de una cultura del odio y generadores de inducciones al asesinato. Son

imágenes que integran un decorado y un telón de fondo cuidadosamente concebidos y que mandan mensajes dirigidos a un auditorio bien identificado. Los vídeos más recientes traducen claramente esta «asimilación de las reglas del arte», obedecen a una especie de guión estereotipado, casi invariable, en que las víctimas leen antes de morir una declaración, a menudo en un dúo siniestro con sus asesinos.

*

Para los autores de estas películas, los espectadores potenciales de sus crímenes se dividen en dos grupos: el mundo musulmán y Occidente. El objetivo es llegar igualmente a ambos, pero provocando en el seno de cada uno una reacción diferente. Las imágenes destinadas a los musulmanes se conciben para incitarlos a actuar; son «vídeos de reclutamiento» que pretenden exacerbar el odio hacia los occidentales. Las degollaciones públicas se han convertido en una herramienta de expresión y de presión política por la teatralización de las inmolaciones humanas.

Como explica el filósofo Abdelwahab Meddeb en *Contre-Prêches* (2006), si el rito del sacrificio celebra la sustitución del hombre por el animal, la locura terrorista es su inversión simétrica. Nos hace descender a la barbarie pura, pues algunos islamistas llegan incluso a discutir en Internet sobre el detalle de las técnicas de degollación hasta ahora reservadas a las bestias para la fiesta del Aid. Existe en ello una desnaturalización de los ritos de sacrificio analizados por René Girard en *La violencia y lo sagrado* (1972). El rito del sacrificio se basa en dos tipos de sustituciones: en primer lugar, una víctima única sustituye a todos los miembros de la comunidad; en segundo lugar, la víctima del sacrificio (en general un animal) sustituye a la víctima propiciatoria. Por eso, este rito hace posible una especie de catarsis, es decir, una purificación, que previene el contagio de la violencia; la víctima es única y se trata, generalmente, de un animal. En cambio, los sacrificios humanos perpetrados por los islamistas no hacen más que encadenar una escalada sin fin de la violencia mediante la multiplicación sin fin de las víctimas. Porque el espectáculo de la

violencia a menudo tiene algo contagioso, una deriva a la que es muy difícil escapar.

El mensaje que vehiculan estos mismos vídeos destinados a Occidente es de una naturaleza muy distinta. Las imágenes pretenden sobre todo invadir la conciencia de los espectadores. Se ve en ellas a seres humanos que imploran por su vida. El diseño carece aparentemente de ambigüedad; se trata de suscitar el espanto y el miedo de una sociedad considerada como rica, culpable, veleidosa y decadente. Sin embargo, las reacciones del público están lejos de ser claras. Por una parte, los occidentales parecen querer volver en su provecho la propaganda islamista. Es una manera de decir: «Mirad la barbarie de los islamistas», hasta el punto de pasar horas para encontrar estos vídeos, visionarlos, a veces incluso grabarlos y mirarlos repetidamente. Por otra parte, el horror de estas imágenes, más allá del estupor que provocan, da la medida de la amplitud del fenómeno y del peligro que representan. Incita por ello a considerar medidas de precaución. Los sitios islamistas como *al-ansar.biz* o *al-ansar.net* se han eclipsado. Otros, por ejemplo *Ogrish.com*,

como hemos visto, se han cerrado. No obstante, estos vídeos continúan circulando libremente por la Web, a veces gracias a *hackers* que se los han descargado y los difunden en otros sitios, donde siguen siendo accesibles, o bien por falta de vigilancia, o bien intencionadamente, como si, en el fondo, estas imágenes macabras pudieran alimentar el odio hacia los terroristas a causa de la barbarie que muestran.

Intención o negligencia, la circulación de estos vídeos en el límite de lo insoportable tiene como resultado instalar progresivamente en el espectador una forma de insensibilidad y de indiferencia frente al sufrimiento de los demás. De manera que el objetivo último se habrá alcanzado: eliminar, con la propia complicidad de los occidentales, toda forma de civilización.

*

Mientras los terroristas multiplicaban su siniestra faena, los países occidentales se acostumbraban poco a poco a los espectáculos de violencia extrema. Es cierto que, la

mayoría de las veces, se trataba de ficciones o de videojuegos y no de violencia real. Hay que decir que algunos videojuegos y algunos sitios pornográficos integran escenas de mutilación, violación y tortura. Algunos incluso llegan a presentar, al lado de películas de violación y de sadomasoquismo, vídeos islamistas de degollaciones. Por supuesto, se trata de una pequeña minoría. Pero es justamente en un sitio de porno duro anglófono donde he podido visionar la decapitación de Shosei Koda, un mochilero japonés de 24 años (el joven había sido secuestrado y ejecutado en octubre de 2004, después de que expirase el ultimátum lanzado por el grupo de Abu Musab al-Zarkawi al Gobierno japonés para retirar sus tropas de Irak). Es como si ya no existiera diferencia entre la ficción y la realidad; una vez que se ha adquirido la costumbre de mirar imágenes de extrema violencia, ¿por qué contentarse con la «ficción-horror»? ¿con un horror de ficción? ¿Por qué no acceder al horror real? En efecto, podemos preguntarnos si la ficción no es el prelude, la vía de acceso, en cierta manera, a la «realidad-horror».

En este sentido, hay que conceder un lu-

gar especial a la serie estadounidense *24 horas*. Esta ficción de Fox TV, cuya primera difusión data de 2001, alcanzó una audiencia semanal de unos quince millones de telespectadores. Cada episodio de *24 horas* describe una jornada agotadora durante la cual el agente de contraterrorismo Jack Bauer dispone sólo de veinticuatro horas para hacer fracasar un complot terrorista que pone en peligro a Estados Unidos. Bauer, enfrentado a una situación de amenaza terrorista, opta invariablemente por recurrir a la tortura para obligar a los sospechosos a divulgar informaciones cruciales. Algunos métodos de tortura utilizados en *24 horas* comprenden la utilización de drogas, el simulacro de ahogamiento o de electrocución. Durante las cinco primeras temporadas de la serie, se asistió a no menos de sesenta y siete casos de tortura, según el Parents Television Council, lo cual representa más de un acto de tortura por episodio. Durante una entrevista en el programa estadounidense *Democracy Now* del 22 de febrero de 2007, Tony Lagouranis, un militar estadounidense que sirvió en Irak, declaró que los interrogadores enviados a este país

habían copiado algunos métodos y situaciones utilizados en *24 horas*:

Cuando realizamos interrogatorios en Irak en 2004, nos dijeron que la Convención de Ginebra no se aplicaba allí. Entonces carecíamos de instrucciones que nos precisaran lo que debíamos hacer, puesto que habíamos sido formados según esta Convención. Por lo tanto, la gente tomaba prestadas las ideas de la televisión. Y entre las cosas que se copiaban de la tele estaban el simulacro de ahogamiento, las falsas ejecuciones, las falsas escenas de tortura [...]. Recuerdo haber visto gente mirar las series que describen la tortura, y *24 horas* pudo formar parte de estas series.

Pero volvamos a los hechos. En mayo de 2004, el Ejército de Estados Unidos descubrió unas fotos de soldados estadounidenses que maltrataban y humillaban a detenidos iraquíes en la prisión de Abu Grhaib y las difundieron por la cadena de televisión CBS. Rápidamente dieron la vuelta al mundo y suscitaron la indignación general. Los acontecimientos

se remontan a noviembre y diciembre de 2003. En las fotos, se ven prisioneros iraquíes desnudos sometidos a torturas con electricidad y otros tratos degradantes. Una imagen muestra a unos hombres obligados a simular actos sexuales; otra, a un hombre desnudo de pie sobre una caja, con el rostro cubierto por una capucha y unos hilos eléctricos atados a los miembros; otra, a un militar estadounidense que hace el signo de la victoria ante una pirámide de cuerpos desnudos...

Interrogado por Dan Rather, el periodista estrella de la CBS, en la emisión *60 Minutes II* del 28 de abril de 2004, el general Mark Kimmitt, jefe adjunto de operaciones militares de la coalición, se mostró «aterrado»:

Son nuestros compañeros, personas con las que trabajamos todos los días, nos representan, llevan el mismo uniforme que nosotros [...]. Esperamos que nuestros soldados sean bien tratados por el enemigo. Si no podemos dar ejemplo sobre la manera de tratar a las personas con dignidad y respeto, no podemos pedir que las otras naciones lo hagan.

Luego añadió que se trataba «de una pequeña minoría». Después le tocó el turno al sargento Chip Frederick, uno de los soldados encausados y pendiente de ser juzgado por un tribunal militar, en especial por haber maltratado a los detenidos y haberles ordenado que se golpearan unos a otros. «No teníamos ningún apoyo, ninguna instrucción, y yo no dejaba de preguntar ciertas cosas a mis superiores, leyes y reglas, que no llegaban», declara el soldado, al que una foto muestra sentado sobre un prisionero.

La reacción del presidente Bush fue prudente. El 6 de mayo, en Washington, en presencia del rey Abdalá II de Jordania, declaró que «lamentaba las humillaciones sufridas por los prisioneros iraquíes y sus familias». Pero añadió: «También lamento que las personas que miran estas fotos no comprendan la verdadera naturaleza de América». Apparently, los soldados estadounidenses se dan cuenta de lo que hacen. La principal razón que conduce a algunos de ellos a tomar estas fotos es muy anodina. Como parecen reconocer, es «fun», divertido. Pero ¿es posible divertirse con el sufrimiento ajeno hasta

convertirlo en objeto de fotos y vídeos? ¿No estaremos en presencia de una desviación evidente de la sociedad del espectáculo y del ocio? La prueba de ello es que el oyente de una emisión de radio del muy conservador Rush Limbaugh, que escuchan millones de estadounidenses, minimiza la naturaleza de los actos: «Amontonar hombres desnudos se parece a una novatada». Y Limbaugh responde: «¡Exactamente! [...] Sabe, cada día disparan sobre esta gente. Hablo de los que han pasado buenos momentos. ¿Ha oído hablar alguna vez de la descarga emocional?» (*Rush Limbaugh Show*, 4 de mayo de 2004.)

Es cierto que los abusos cometidos en Abu Ghraib no se pueden comparar con las degollaciones y las decapitaciones que los islamistas utilizan como espectáculo. Además, los responsables han sido denunciados, juzgados y castigados. Pero eso no impide que las fotos tomadas por los soldados estadounidenses en esta prisión se inscriban claramente en el nuevo uso que se hace hoy de las imágenes, que se han convertido cada vez más en mensajes para diseminar, para hacer circular. Antaño, fotografiar la guerra forma-

ba parte del ámbito de los reporteros y de los fotógrafos profesionales; hoy, los propios soldados son los que hacen las fotografías, se intercambian imágenes entre ellos y las envían por mail a sus amigos al otro extremo del mundo. Su objetivo no es hacer reportajes ni informar al público sobre la situación trágica en Irak, sino «pasar un buen rato», en nombre del espectáculo, el nombre de lo «fun».

*

¿Es una casualidad que, hace unos cuatro o cinco años, haya aparecido otra «moda», el *happy slapping*, justificada precisamente en nombre de lo «fun»? En abril de 2006, la agresión de una profesora del instituto La voisier de Porcheville, en Yvelines, Francia, filmada con un teléfono móvil y difundida por Internet, provocó una gran conmoción. Fue cuando se descubrió en Francia este fenómeno social, que en realidad surgió en Inglaterra hacia el año 2004 y que se conoce con el nombre de *happy slapping*, literalmente «felices bofetadas». Consiste en caer so-

bre una víctima e infligirle una especie de «correctivo», mientras un cómplice filma la escena con una cámara o con un móvil. Como su nombre indica, el *happy slapping* en principio formaba parte del ámbito de lo «fun», lo divertido. Pero rápidamente se mostró más bien temible.

En junio de 2005, en un barrio de Leeds, Inglaterra, una adolescente fue asesinada por varios disparos de rifle; su muerte se filmó y se difundió por Internet. En la actualidad, se han descubierto más de doscientos casos de *happy slapping* en Inglaterra, que van de la simple bofetada y la paliza «recreativa» a la violación y el asesinato. En diciembre del año 2005, en Londres, una joven inglesa de 15 años, Chelsea O'Mahoney, y sus cómplices Reece Sergeant, 21 años, Darren Case, 18 años, y el joven David Blenman, 17 años, fueron declarados culpables de la agresión a David Morley, 38 años. El guión es simple. La chica de la banda se acerca a la víctima y hace una señal a sus cómplices, que empiezan a golpear a su presa hasta la muerte, mientras otro filma la escena.

Estos nuevos «juegos» también han llega-

do a Francia, donde se han extendido con extraordinaria rapidez. En 2007, el ministro de Educación Nacional hablaba de un caso de *happy slapping* por semana. Con unos clics, se encuentran los vídeos de *happy slapping* en Internet, donde los internautas pueden mirarlos repetidamente, antes de iniciar discusiones –«chats»– en los foros. Algunas imágenes tienen una apariencia anodina: una mujer golpeada en una parada de autobús; un niño derribado de la bicicleta; un hombre, dormido en un bus, despertado por un adolescente con una violenta bofetada, etcétera. Pero estas «felices bofetadas» a menudo van más lejos que los golpes o los tortazos, hasta la puesta en escena de incendios de coches o violaciones. En Niza, en enero de 2007, una estudiante de 13 años, víctima de una violación colectiva, descubre, abatida, que las fotos de la escena, tomadas con un móvil, circulan por el patio de su escuela. En abril de 2007, en Pantin (Seine-Saint-Denis), unos adolescentes obligan a unos niños de 9 y 11 años a un combate de boxeo en una plazoleta rodeada de tela metálica, filman la escena con un móvil y difunden las imágenes por Inter-

net. El vídeo, de 1 minuto y 28 segundos de duración, sólo está en línea unos días, después de la denuncia interpuesta por la madre de uno de los niños. Los adolescentes, interrogados por la policía, declaran que, para ellos, sólo se trataba de un juego, de una diversión como otra.

El *happy slapping* es una práctica cuyo significado no está claro, al menos a primera vista. Para empezar, consiste en una agresión corporal tradicional, cuyo objetivo es humillar y hacer vulnerable a la persona agredida. Sin embargo, al filmar la escena, se transforma el sufrimiento de otro en una fuente de entretenimiento y diversión para compartir con otros, cada vez más numerosos y anónimos, gracias al móvil y a Internet. Massire Touré, el joven de 20 años que filmó la agresión de la profesora de Porcheville (Yvelines) en 2006, sostuvo que había actuado «sin razón y sin motivo» y acaba de ser condenado a seis meses de prisión por «falta de asistencia a una persona en peligro y atentado contra la vida privada».

¿Cómo es posible que unos jóvenes se diviertan lesionando a la gente y filmando sus

actos? ¿Por qué se ríen ante el sufrimiento humano?

*

En un foro de discusión de la Red, los internautas, en su mayoría jóvenes, intercambian sus opiniones sobre los vídeos de decapitación. Aparentemente, parecen tener la costumbre de comunicarse entre sí y hablan de estas escenas como si se tratara de un tema de conversación como otro cualquiera. La persona que lanzó en un sitio francófono, en abril de 2007, el foro «Vídeos de decapitación» parece buscar una respuesta a una serie de preguntas que se plantea después de haber mirado la degollación de Nicholas Berg. «He visto recientemente el vídeo de la ejecución de Nick Berg en Irak. ¿Qué?, ¿ya habéis visto un vídeo que muestra la decapitación de un rehén? ¿Qué pensáis de eso?» Las respuestas llegan deprisa, diferentes, a menudo sorprendentes, a veces inquietantes. «¡Lo evito entre el entrante y el postre!», responde de inmediato alguien, seguido por otro que, sin ningún problema, replica: «¡Sí, en casa de un

amigo, he visto algo de este tipo! ¡Nos divertimos mucho!». Después el tono asciende. Los inscritos a este foro son unos sesenta, con una media de edad de 20 años. Los visitantes, en cambio, son mucho más numerosos y, según las estadísticas del sitio, dos meses después ya contaban con 10.000 lectores de estos intercambios.

—El peor vídeo que he visto es el de un soldado ruso que es degollado en un primer plano (se veía la hoja del cuchillo pasar por la carótida, la sangre que salpicaba y se oía al soldado toser al ahogarse en su propia sangre).

—No comprendo que se busque este tipo de imágenes en la Red. Me ha costado mucho no verlas [...]. No tengo la intención de poner este tema sobre la mesa, pero hay que estar gravemente enfermo para hacer eso... No comprendo que se quiera ver morir a alguien. ¿Echáis de menos las ejecuciones públicas o qué?

—¡Me pregunto por qué caes en la agresividad cada vez que te encuentras frente a un comportamiento que no comprendes!

—Quieres que confesemos que somos unos

desviados y que eso nos gusta [...]. El número de personas que disminuyen la velocidad ante un accidente de coche para «ver» es mayor de lo que se cree.

—He visto un vídeo en el que le cortan la cabeza a un chico, pero estamos tan acostumbrados a ver la violencia que eso me dejó frío.

Como en otros muchos foros, los jóvenes se hacen preguntas y adelantan hipótesis. Algunos se indignan. Otros, más numerosos, parecen «hastados», como si el espectáculo de la violencia no llegara realmente a afectarlos.

A veces, su discusión se vuelve muy seria y afecta a puntos fundamentales, como la posible relación entre vídeos e información. ¿Mirar estas imágenes es una forma de informarse sobre el mundo, de la misma manera que se leen los periódicos o se mira la televisión? ¿Tenemos necesidad de verlo todo para comprender bien?

—¿Realmente hay gente lo bastante estúpida para mirar eso?

—Sí, ya he visto un vídeo de decapitación, no sé si era en Irak o en otro lugar. La información en general nunca es mala.

—Me parece que tenemos derecho a ejercer nuestro derecho a la información, ¿no? Dejad de taparos la cara. ¡Tomad conciencia del mundo en el que vivimos!

—¿Para tomar conciencia del mundo en el que vivimos hay que visionar estas atrocidades? Lee los periódicos, mira a tu alrededor, qué sé yo, hay otros métodos, ¿no? Esto me hace pensar en algo; hace algún tiempo, vi a unos chicos que estaban mirando unas imágenes muy chungas en un sitio, en especial un cráneo humano abierto por un disparo y con el cerebro al aire... Estuve a punto de vomitar. Y sé que este sitio (cuyo nombre no citaré porque no tengo ningunas ganas de hacerle publicidad) es famoso y muy consultado por las atrocidades que muestra. Me parece muy malsano.

—¡El derecho a la información existe! Leer los periódicos está muy bien y deben ser la primera fuente de información. Pero pienso que tenemos derecho a completarla con otros elementos de información. ¡Aunque no siempre sea bueno mirar el mundo real!

–Observar la violencia por la violencia, la sangre por la sangre, no tiene estrictamente ningún interés en sí mismo, excepto cultivar una especie de fascinación. Lo interesante es comprender de forma muy precisa el contexto de esta violencia, el político, el social, el histórico... a fin de entender cómo algunos han podido llegar a esto e intentar oponerse. En realidad, ver un vídeo sólo por verlo así, sin explicación del porqué, del cómo, de las reacciones que genera... no sé, me deja dubitativo.

–Sólo podemos darnos cuenta del horror de una decapitación o de una degollación cuando vemos una con nuestros propios ojos.

–No creo que la gente se fuerce a ver vídeos para «completar su información». Los que miran este tipo de vídeos sienten una fascinación morbosa por las decapitaciones.

Sigue una discusión entre los que se divierten comparando la calidad de las imágenes y los que se indignan con la comparación; algunos internautas, dicen estos últimos, parecen simplemente olvidar que se trata de asesinatos reales, filmados y difundi-

dos por Internet, y no de una ficción cinematográfica.

–¡Francamente, el vídeo de Nick Berg no es tan horrible!

–¿Qué quieres decir?

–Me explicaré. El vídeo de Berg está muy mal filmado.

–Eso no es un espectáculo, es una ejecución. ¡Alguien que muere de verdad delante de ti! ¡Es atroz!

–Lo digo por comparación con otros vídeos que son mucho más sangrientos que éste. Compara y verás que la decapitación de Berg se ha filmado muy mal, el vídeo es de muy mala calidad.

–Pero justamente eso que me dices es lo que me descompone. Estamos ante una ejecución, o mejor dicho, ante la masacre de un hombre en unas condiciones abominables, y a ti todo lo que se te ocurre es decirnos: «Lo habrían podido filmar mejor». No estamos juzgando la realización de una ficción de serie B, se trata de la auténtica muerte de un hombre, salvajemente ejecutado, como un animal, ante los ojos del mundo, en unas condiciones de tortura horrible.

La verdad más perturbadora de estos intercambios aparece cuando algunos internautas confiesen su fascinación por estas imágenes. Parecen presos de un verdadero placer. Y otros se contentan con divertirse. Otros confiesen su indiferencia. En todos los foros que he visitado –seis en sitios francófonos y cinco en sitios anglófonos–, se encuentran siempre las mismas opiniones, aunque la media de edad y el número de inscritos pueden variar de un sitio a otro.

–He visto como unos cincuenta vídeos, y no sólo iraquíes. Cada vez, pienso en algo concreto; el cerebro permanece con vida durante dos minutos después de la decapitación gracias al oxígeno que queda en la sangre; así que se puede decir que el tipo al que le acaban de cortar la cabeza todavía está vivo, en cierta manera. Pero de ahí a decir si está consciente o no, no sé nada. Supongo que en estos momentos, la conciencia, como los cinco sentidos, no es asumida por el cerebro, que se concentra en la supervivencia. Fantástico, ¿verdad?

–Me gusta ver un rictus forzado dibujarse en

la cara del condenado bajo el efecto de la hoja que le estira la piel del cuello.

–¡Sois asquerosos!

–¡Si no podemos divertirnos!

–Extraña manera de divertirse... Pero, bueno, antaño a la gente le gustaba asistir en familia a las ejecuciones capitales; ¡no me sorprende que algunos sigáis fascinados por esta morbosidad!

–En cierta época, se ejecutaba a la gente en la plaza pública y se mostraba la escena a los niños [...].

–En la Edad Media, hacían durar las ejecuciones el mayor tiempo posible e incluso continuaban torturando a los cadáveres. Es propalar una idea falsa al hacer creer que hoy se están alcanzando picos de barbarie. La barbarie siempre ha existido. El hombre siempre ha sido capaz de lo mejor y de lo peor.

–Realmente no comprendo por qué sorprende tanto, en el momento actual, que ejecuten a un hombre.

–Verdaderamente admiro a la gente que consigue mirar eso sin que parezca afectarle de forma especial.

–Tengo un amigo al que le gustan mucho las ejecuciones. He podido ver un empalamien-

to (hundir una estaca en el ano para que la víctima agonice e introducirla hasta que muera por ello). También he visto ejecuciones de grupos a balazos, y un negrito en un país de África al que los militares le arrancaron el brazo en la parte trasera de un pick-up. He visto un vídeo bastante conocido de degollación filmada en primer plano, seguida de decapitación. Es un poco tipo «degollación de un cerdo». Como Nick Berg. Todavía tengo el vídeo en mi PC.

—Es gracioso, cuando ves una degollación por primera vez, te asquea, pero sobre todo porque no lo conoces, no lo has visto nunca. Ahora me da lo mismo, ya no me dice gran cosa [...].

—Me parece imposible no sentir nada al mirar este tipo de imágenes.

—¡Se necesita valor para mirar eso!

—Aparentemente, hay gente que mira este tipo de secuencias como una simple distracción.

—Es cierto que hago mi búsqueda diaria de decapitaciones en la Red (las auténticas, no las de las películas) o que las veo todos los días, e incluso que las hago todos los días [...].

Éste es el panorama, incompleto pero elocuente, de los mirones del horror. Están los que buscan en estos vídeos una forma de distracción; los que se muestran más bien indiferentes, como si la frecuentación regular de estas imágenes los hubiera «anestesiado», y finalmente los que proclaman su admiración por la gente «que consigue mirar eso» sin verse afectada.

*

El islamismo radical parece haber fallado en su objetivo; no ha conseguido «aterrorizar» a Occidente con sus espantosos espectáculos. Pero ha ayudado, involuntariamente, a expandir un fenómeno mucho más inquietante, el éxito creciente de las imágenes de «realidad-horror».

En los sitios que dan acceso a estas imágenes, se «procura» prevenir al internauta: «Atención, este vídeo puede herir la sensibilidad de los más jóvenes y de las almas sensibles». ¿Aviso? ¿Necesidad de protegerse? ¿Amenaza implícita? ¿Medio suplementario, pero camuflado, de incitación a ver? Como

por casualidad –si es que hay realmente casualidades en este asunto–, la advertencia a los jóvenes y las «almas sensibles» es exactamente la misma que advierte a los consumidores a la entrada de un sitio pornográfico. Las «almas sensibles» deben abstenerse de mirar... O sea, ¿que habría, por un lado, unas mentes «sensibles», por no decir «débiles», y, por otro, unas mentes «fuertes», resistentes, capaces de mirarlo todo? Pero ¿de qué hablamos concretamente? ¿No mirar imágenes de asesinatos sería un signo de debilidad? ¿Qué decir, qué pensar, de esta retórica de la sensibilidad?

La primera vez que miré uno de estos vídeos, sentí un intenso malestar. Porque me había atrevido a infringir un límite que yo misma me había impuesto; sentada en mi butaca, acababa de asistir, trastornada, impotente, al asesinato de un hombre. Continué experimentando las mismas sensaciones cada vez que tuve que visionar otros vídeos. Cuando escuché las plegarias y la desesperación de Kim Sun-Il, sentí que la rabia crecía en mí. Después, poco a poco, me di cuenta de que es posible acostumbrarse a estas imáge-

nes extremas... La costumbre, esa costumbre que permite aceptar lo inaceptable, que incluso puede convertir a un «alma sensible» en más o menos insensible...

Las palabras de Diderot, según el cual es mucho más fácil para un pueblo civilizado volver a la barbarie que para un pueblo bárbaro avanzar hacia la civilización, parecen encontrar aquí la confirmación.